

# BIBLIOTECA



24

ALDO FALLAI 1967

## El alfabeto de Millás\*

El mayor inconveniente que puede hallar esta novela es que sus lectores caigan en la trampa que tiende habitualmente Millás, y que esta vez es una trampa mortal. Se trata de ese aire de hiperrealismo verosímil e inmediato –tan cierto como la rememoración de un episodio de infancia o el reconocimiento de los lomos negros de la Espasa–Calpe que todo hemos visto alguna vez–; su prosa ilumina demarcando espacios realistas, como si estuviese ejerciendo de narrador convencional sobre materias escogidas por su parecido con una realidad empírica (de la que está muy lejos de ser retrato ni reflejo ni nada parecido). Millás ha escrito con *El orden alfabético* una metáfora de la desolación y una cruda reconstrucción de la soledad como amenaza, de la neurosis como refugio y la desdicha como estado forzoso del inadaptado, del inválido para transigir, pactar y resistir.

\* Juan José Millás, *El orden alfabético*, Madrid, Alfaguara, 1998.

Y lo ha hecho haciendo girar sobre sí mismo el mecanismo narrativo del realismo, haciéndole explorar lo irreal –la pesadilla, el sueño, la invención verbal de uno mismo– como ingrediente natural de la realidad. Y pese a la gravedad cejijunta de los temas que he propuesto como síntesis de esta novela, no es en absoluto un relato escrito desde la pesadumbre del escritor contaminado por su propio tema, sino desde la artesanía del narrador consciente de sus herramientas, las que desembocan en la irónica desesperanza de la literatura de Millás. La fluidez, la ligereza y la agilidad son virtudes innatas de este narrador dotado hoy para la fabulación y la invención de hilos argumentales autónomos, aparentemente ocurrentes y chistosos, para sonreír y cabecear con aprobación ante el ingenio. Pero no: detrás de Millás hay experiencia intelectual y madurez moral, la que necesita una novela para transformar una ocurrencia dilatada en una metáfora luminosa.

Si no conservase aún algún pudor, diría que *El orden alfabético* es una novela metafísica, cuyo tema central es la inconsistencia radical del mundo moral cuando se funda en el dominio de la ilusión y el artificio: la falsedad compulsiva y autocompasiva, la desesperación que inventa, la fabulación interior

e ilusa convertida en instrumento de compensación ante la hostilidad de la experiencia real. El lenguaje, la literatura, el orden alfabético no protegen tampoco contra el mal —en realidad, lo alimentan involuntariamente—, pese a ser las garantías aparentes del orden (cuando el lenguaje se desmorona, el hombre se degrada hasta la animalización, como sucede al final de la pesadilla de la primera parte).

Si arriba decía que algo tiene de novela metafísica, ahora añado que es también una novela trágica, sin piedad: Julio se atreve a besar a Laura, y le tocará los pechos, y las piernas le temblarán, emocionado, pero sólo hará todo eso porque está en el otro lado de la realidad, que es la fiebre delirante de las anginas y metáfora del ensueño en el que vivimos instalados muchas horas del día, incluso algunos veinticuatro benditas horas al día.

Es verdad que todo eso arranca de una estrategia más simple y más obvia, pero no es esa la mejor dimensión de la novela, aunque sea la que atrapa en primera instancia al lector: la degradación del hombre a costa de la destrucción y empobrecimiento del lenguaje. Si las palabras desaparecen, desaparecen los objetos que nombran y los conceptos morales o los sentimientos caen fuera de lo humano porque no hay palabra para nombrarlos: es

una apología del lenguaje como la forma más alta de desarrollo humano, o como condición necesaria de su perfectibilidad. Pero insisto en que me parece que ese es sólo el resorte narrativo más inmediato de una novela que conduce a estratos más complejos y mucho más desasegantes que esa mera aplicación literaria del principio del aprendizaje del mundo: conocer es nombrar, disponer de la aptitud de nombrar.

El narrador de la segunda parte asegura desde la primera línea que lo que se ha leído hasta entonces es el relato imaginario de sucesos fantásticos que Julio ha hecho a una mujer. La mujer es real pero no ha escuchado nada de lo contado porque el acto de relatarlo era imaginario: la mujer está instalada en un extremo de la cafetería y Julio se halla en la barra. Eso sucede en un sanatorio donde está ingresado el padre de Julio, cuya peripecia de madurez cuenta ahora un narrador en tercera persona, veinte años después de aquella pesadilla que redujo el mundo a escombros porque se perdió el lenguaje, pero fue también el mundo que permitió besar, querer y ser querido por Laura. Una lógica perturbadora y enferma que está en el centro del sentido de la novela.

En la segunda parte Julio llora: «Tal vez, pensó, debería haberse